

**CONGOJA Y ESPERANZA**  
**Mensaje a los chilenos por Canal 13 TV**

**2 de septiembre de 1972**

Ante la incierta y tensa situación que está viviendo nuestra patria, varias personas, de diversas tendencias, me han pedido que haga oír mi voz de Pastor, para tratar de acallar las pasiones y hacer reflexionar a todos los hombres de buena voluntad que aman verdaderamente a Chile y quisieran evitar la horrenda desgracia de una lucha fratricida, que vendría a ensangrentar nuestra tierra, deshacer nuestros hogares y sembrar la destrucción, la ruina y el hambre a lo largo de nuestro territorio.

El apocalíptico fantasma de la guerra entre hermanos aparece, inquietante, a nuestro atribulado espíritu, llenando de dolor y congoja nuestra alma de Pastor. ¿Será esto sólo una miedosa aprensión? El temor de equivocarnos en la apreciación de las circunstancias, y hechos que continuamente se suceden; la duda de poder contribuir a calmar los ánimos y no a exacerbarlos; la esperanza siempre presente en mi corazón de que el buen sentido y el patriotismo de los chilenos lograrán, también ahora, superar la difícil y violenta pugna en que nos encontramos, me habían hecho guardar un prudente silencio.

Sin embargo, en este momento, también el temor de no decir oportunamente una palabra de paz, de comprensión y de buen sentido, que contribuya en algo siquiera a hacer reflexionar a los responsables, una palabra sincera, sin odios, que no está movida por otra pasión que la del entrañable amor a nuestra patria, a sus hijos, a los débiles y a los humildes; que pueda tener la milagrosa virtud de ser oída en el fragor de la lucha pasional en que vivimos; el deber de decir esa palabra en el momento en que aún pueda ser oída, me han urgido a dirigirme a todos los hombres de buena voluntad .de nuestra patria, abrigando la esperanza de ser escuchado.

Congoja, pues, y esperanza: éstos son los sentimientos que me invaden, junto a tantos ciudadanos chilenos, hermanos míos, en esta hora difícil de la comunidad nacional.

Congoja: la misma del Señor. Es la tristeza de Jesús que mira a Jerusalén, centro y capital de su nación, y, al verla dividida y devastada, llora. También nosotros quisiéramos, como El, congregar en unidad a los hijos dispersos. Y su queja dolida es la misma de nosotros: ¿Por qué no has querido aceptar nuestro mensaje de paz?

¿Cuántas veces hemos propuesto la paz? Más que proponerla, la hemos implorado y hasta suplicado. La paz del Señor, la única, la que es fruto de la justicia, extraña y enemiga de todas las formas de violencia.

No hace mucho tiempo, y ante un luctuoso hecho que consternó a tantos chilenos, dijimos: Tenemos que matar el odio, antes de que el odio destruya el alma de Chile. Reunidos a comienzo de este año, los Obispos de Chile denunciamos la violencia como un factor de perturbación del proceso de cambios, y afirmamos: “Sólo el respeto mutuo y la comprensión fraterna pueden crear una sociedad de hombres iguales y solidarios”. Años atrás los obispos representantes de las Iglesias de toda América Latina habíamos expresado: “La violencia o revolución armada generalmente engendra nuevas injusticias, introduce nuevos desequilibrios y provoca nuevas ruinas: no se puede combatir un mal real al precio de un mal mayor”. En aquella ocasión reafirmamos, junto con el Santo Padre, nuestra fe en la fecundidad de la paz, y señalamos que la violencia no es cristiana ni evangélica. Y al considerar el conjunto de las circunstancias de nuestros países latinoamericanos, teniendo en cuenta “la enorme dificultad de la guerra civil, su lógica de violencia, los males atroces que engendra, el riesgo de provocar la intervención extranjera por legítima que sea, la dificultad de construir un régimen de justicia y de libertad partiendo de un proceso de violencia”, manifestamos nuestra ansia de que “el dinamismo del pueblo concientizado y organizado se ponga al servicio de la justicia y de la paz”, no de la cólera y de la violencia.

Hemos, pues, condenado la violencia. Más que eso: la hemos desenmascarado. Le hemos quitado ese antifaz que la hace atractiva y seductora, presentándola, a veces, como el único o el mejor camino.

La violencia no es el único ni el mejor camino. Ni siquiera es un camino. Los pueblos no cambian ni progresan, no se ponen en marcha sustituyendo una violencia por otra.

La violencia liquida las libertades, suscita odios y rencor de venganza, impide las participaciones del pueblo o las desnaturaliza. Quienes aceptan la violencia no conocerán nunca la paz, sino una tranquilidad de parálisis.

Nuestro pueblo chileno no ama la violencia, y no cree en ella. Quizás porque nació como hijo de la guerra y conoció sus horrores, y pagó su precio, por eso mismo aprendió que no hay don más precioso ni valor más necesario que la paz.

Por eso amamos y respetamos el Derecho, con sus normas legales, con sus constituciones y sus autoridades, con sus riesgos también y con sus defectos. Sabemos que las leyes nunca son perfectas, que los hombres nos equivocamos y que no pocas situaciones de injusticia y dolor nacen de esta doble limitación de la naturaleza humana.

Nuestro deber es, entonces, modificar esas leyes por los mismos caminos por los que fueron hechas y corregir errores, reparar omisiones, erradicar la injusticia a través del libre juego de los mecanismos que el propio pueblo se ha otorgado.

Todo otro camino es mentiroso y estéril. Mentiroso porque promete, como la violencia, conseguir rápidamente lo que la violencia no será capaz nunca de cumplir. Estéril, porque procede, como la violencia, del odio al hermano, que en la historia del hombre ha sido siempre signo y causa de la infecundidad de la tierra.

Congoja y esperanza son nuestros sentimientos en esta hora de la patria. Congoja, cuando pensamos en los hombres y mujeres, en los jóvenes y niños de nuestro pueblo, de ese pueblo que es, en definitiva, el gran derrotado en toda contienda fratricida; el gran postergado en todas las guerrillas de grupos hambrientos de poder; el gran sujeto, y víctima, de todas las violencias que sólo cambian de mano.

Congoja, cuando pensamos en la historia y tradición de nuestro Chile, labradas con tanto sacrificio, y amenazadas hoy por minorías que, más allá de sus ilusas intenciones, no saben interpretar, no conocen verdaderamente a nuestro pueblo y no tienen el derecho de imponerle un destino -de violencia y de odio- tan ajeno a su alma.

Esperanza, sin embargo, confianza en la madurez de los hombres y mujeres de Chile. Confianza en su generosidad y su responsabilidad. Confianza en los ciudadanos de todos los barrios y grupos sociales, de todas las comunidades políticas y religiosas. Confianza en la abrumadora mayoría de los habitantes de esta tierra que, ante todo, son y se sienten chilenos, y buscan y desean y trabajan por la paz.

Confianza en nuestras instituciones democráticas, en nuestros poderes públicos, llamados a ser servidores y garantes de la unidad nacional.

Confianza también, y sobre todo, en la presencia activa de Cristo Jesús, Dios y Señor de la historia, que junto a su Madre mira, como antes a Jerusalén, ahora a nuestro Chile y le reitera su ofrecimiento, su súplica de paz.

Últimamente muchos hermanos nuestros han caído víctimas involuntarias de esa violencia que no trae la paz; quiera el Señor que muchos, también, ofrezcamos y entreguemos libremente nuestras vidas, para que este pueblo que El ama vuelva a unirse en su paz.

Santiago, 2 de Septiembre de 1972.